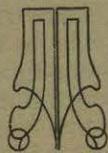


Y zambuyéndose el espíritu en más hondas meditaciones, se piensa en cuántas ilusiones amorosas tendrán como tumba las playas del mar, y cuántas novias habrán cambiado de pensamientos al ver que su elegante novio, cuando no se deja más galas que las de la naturaleza, toma un parecido muy marcado con los cangrejos.



## POBRECITAS VENTANAS....!

*La prosa mata á la poesía.*

¡Pobrecitas ventanas! Abandonadas, tristes y solas, suspirais por aquellas épocas felices en que érais las confidentes íntimas de las parejas enamoradas, las únicas testigos que oíais sus quejas, algunas veces sus besos, y casi diario sus dulcísimos pleitos de amor....!

En efecto. Por tuerto que sea cualquier observador, habrá podido convencerse de que las pobres ventanas caen en un desuso espantoso.

Hace todavía algunos años, salía usted á vagabundear por esas calles, y no había cuadra en que no encontrara, cuando menos una pareja pelando la pava! Era la nota poética de nuestras costumbres. El galán, al pié de la reja, en una posturilla de tenorio de barrio, y ella, coquetamente ataviada, muy cerca de la reja, casi siempre sonriendo, feliz al escuchar el cuchicheo amoroso, dicho en secreto, sin que nadie más que la reja misma pudiera enterarse!

¡Eso era bonito! Los poetas mismos, que se la dan de diablos para olfatear la belleza en las cosas de la vida, compusieron poemas y hasta sonetos tristes á esa poética ventana, donde los novios, reja de por medio, se decían sus cosas de amor, en medio de una felicidad que causaba envidia á los que pasaban á su lado!

Hoy es otra cosa.

Las ventanas cerradas, ó abiertas y solas. A veces, asomándose por ella una gata horrible, que espera á su novio cochero. O un viejo reumático, sucio y tosijoso, arrimado ahí, á la ventana, para ver pasar la gente.

Pero ventanas sonrientes con la linda tapatía, ataviada con flores, que enfurruñada espera al novio inconstante, ya no hay. La costumbre se ha perdido. Y los pintores y los poetas deben archivar estos cuadros como de cosas que han pasado á la historia.

\*

¿Es que ya se han acabado los novios? ¿Ya no hay pare-

jas de enamorados sobre la redondez del planeta?... ¿O es acaso que la Humanidad se ajota....?

Nada de eso.

Es que los novios progresan.

A la ventana le han salido unos competidores terribles que la han derrotado miserablemente.

En primer lugar el cinematógrafo.

Allí no hay rejas. Nadie los ve. Están sentados juntitos. La sala enteramente á oscuras. Y para cuando no tengan qué platicar, están las vistas que los divierten y al mismo tiempo distraen á la mamá, á la cuñada ó á la amiga que va haciendo la pala!

El cine, en estas condiciones, es un terrible enemigo de la ventana. Y como el cine sigue siendo una diversión moral y decente,—á pesar de lo que suele verse cuando se encienden de improviso las luces,—es frecuentado por todos sin recelo, y con menoscabo de la pobre ventana.

Otro enemigo de la ventana son los jardines.

Nuestras exigencias de moralidad en este sentido van dando un poco de sí.

Las parejas de novios se asfixian estando bajo techo. Buscan el aire libre, el fresco ambiente de las alamedas y los jardines, y por esto no es raro, si no moneda corriente, ver á las parejas en las bancas sombrías de los más solitarios jardines.

Ellas, dos amigas, en medio, pero dando espinazo con espinazo. Ellos dos, en los extremos, enteramente atacuachados, hechos arcos sobre ellas, como si tuvieran miedo de ser oídos por el gendarme, único ser semi racional que hay en los contornos y que está á dos cuabras de distancia!

Así, en los jardines, pasan horas felices, mientras de la pobre ventana, sola y triste, ni quien se acuerde!

Sí... la ventana, como punto de citas amorosas, está llamada á desaparecer.

Las novias consenten en platicar en todas partes. Circuitos de tranvía, Rosario del Santuario, Cinematógrafo, Cantina del Palacio, Jardín de San Pancho, Misa de la Merced, Portales, Pila Madre, y hasta si fuera preciso en la banquetta de su casa; pero ya no quieren la ventana, que les parece un sistema vulgar, anticuado é indigno!

¡Pobres poéticas ventanas de las citas amorosas!

Mi más sentido pésame!



## ANTE LAS GRANDES CATASTROFES.



Por vía de preámbulo, debo decir á ustedes que con esto de los temblores acaba de descubrirse entre nosotros la *mujer seismógrafo*: una subdivisión del sexo débil, que al menos en estas críticas circunstancias por los cuales atravesamos es asáz importante.

Don Erasmo Mata y el seismógrafo de Tacubaya son un par de desgraciados junto á esas nuestras viejas, en eso de sentir y apreciar los temblores, por imperceptibles que sean.

Estando paradas y portando zapatos con medias zuelas ó hincadas en cruz: ó acostadas y dormidas, sienten los temblores mejor que los dos observatorios que aquí tenemos.

Y hay que oírlas, de ventana á ventana. Con las antiparras en la punta de las narices, el dedal puesto y el calcetín candidato al remiendo, en la izquierda, se gritan:

—¿Sintió, Paulita....?

—¡Cállese! Cómo no he de haber sentido si por poco me caigo.....!

—¿Usted qué cree? ¿Cuando se acabará esto....?

—Pos la verdá quien sabe. Pero dicen que dizque hasta que quiten al Gobernador....

—Eso creo yo también. Si no desagrevamos á su Divina Majestá, quien sabe como nos ande yendo....!

—¿Sintió....? ¡Horita tembló otra vez!

Tienen una sensibilidad en los piés, en la rabadilla y en las sentaderas, que son capaces de decir á ustedes si el temblor fué trepidatorio, cuantos reparos pegó y su duración exacta....!

Estas son nuestras *mujeres seismógrafos*, capaces de sentir cuantos temblores quieran así pasen inadvertidos para la vulgaridad del rebaño humano.

Y basta de preámbulo.

\*

Quiero ahora hacer constar algunas observaciones realiza-

das durante esta fugaz época de temblores de tierra y de corvas; época de sobresaltos y de sustos en la que el miedo á la muerte, el amor á la vida y la cobardía humana han lucido todas sus galas.

¿Cuáles seres son los que más temen á la muerte...?

Ante el fantasma de una catástrofe es donde se halla la respuesta á esa interrogación.

Generalmente se cree que «el que menos tiene qué perder» es el más desalmado, el que con más facilidad se encara con el peligro y con la muerte.

Es un error.

Pudimos observar,—en estos tres días en que creímos hundirnos,—que las más gritonas, escandalosas y correlonas, eran precisamente aquellas viejas que menos tienen qué perder.

Las notas estadísticas recogidas, nos dicen que por cada muchacha bonita y joven que aterrorizada dormía sobre la verde grama de los jardines, había cien niñas quedadas, pachichis, que hasta un bien harían á la Humanidad dejándose aplastar por el techo de su casa.

¡Cómo cuidaban su pellejo las feas!

En las iglesias, mientras casi todos los fieles estaban dentro del templo, tres ó cuatro viejas feas y prietas, hincadas en la banqueta, temerosas de una hecatombe, estaban prontísimas á poner en salvo su preciosa existencia!

Cuando se sentía algún temblor fuerte, por la noche, salía uno á la calle esperando ver el espectáculo consolador de una mujer bonita en vaporoso traje de noche y... ¡oh desengaño! se topaba con alguna vieja fea, que llorando y en cruz, sin más traje que unas chanclas, pedía á Dios que no le quitara su preciosísima vida!

Esto es por lo que ve á las mujeres, que en cuanto al sexo macho, los que más escándalo metían eran los que menos debían haber traído pantalones!

Así siempre, ante las grandes catástrofes, la cobardía asoma por la cara de aquellos seres que son más despreciables, que tienen menos títulos para amar la vida.

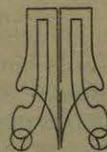
En esa trágica epopeya del TITANIC donde el humano heroísmo tocó la cumbre de lo divino, se ven mil ejemplos que corroboran lo anterior.

Astor, poseedor de ciento cincuenta y seis millones de dólares, despide á su bella esposa con un beso, y se queda sobre el titán naufrago, sereno y resignado á esperar la muerte...

Mientras una bandada de italianos, enloquecidos por el terror, se lanzan como perros rabiosos sobre un salvavidas y son muertos como bestias á balazos!

\*

No hay, pues, que olvidar por si acaso se hundiera Guadalupe, que hay que salvar á las silenciosas que son las que valen algo, y dejar que la tierra se trague á todas esas viejas gritonas y feas!



## EL VICIO DEL CIGARRITO.

¿Cómo, dónde y quien inventaría ese ridículo vicio de fumar, de echar humo, poniéndose uno,—ser racional hecho á imagen y semejanza de Dios—á la altura de los chacuacos y de las chimeneas?

No se sabe.

Los antiguos no fumaban. De Job, de Moisés, de Baco, de Mahoma, de Sócrates, de la Magdalena, de Nerón: de ninguno de ellos se guardan las frases de «*échate un cigarro*» ó «*préstame tu lumbre*» que creo que han nacido al mismo tiempo que el vicio del tabaco.

Así, pues, *fumar* es un producto de nuestra flamante civilización.

\*

Yo comprendo el cigarro en ratos de soledad y melancolía. En esas dulces horas de inefable bienestar en que no se siente pasar la vida. En esos momentos en que, acostado boca arriba en un catre de tijera, con las piernas tirantes, se abre la jaula al pájaro del recuerdo y se piensa en ese ayer de la vida, que siempre nos parece hermoso y azul, por más que sea más negro que un zapote prieto y con más espinas que un chayote!

En estas circunstancias, cuando soñamos despiertos, es cosa natural y agradable encender un cigarro.

Parece que el humo, al disiparse en blancas ondas, como las ilusiones, les da cuerpo á nuestros pensamientos!

El cigarro así considerado, es casi un compañero en la soledad: alivio en las horas de pena: y distracción y consuelo en los amargos días que siguen á las calabazas de las novias.....

Por esto los decepcionados fuman más que un mudo!

Y los mudos fuman mucho, porque ¿quién hay en la vida más solo que un mudo....?

\*

Hasta aquí la parte poética y natural del vicio de fumar. Pero hay un aspecto que causa, no solo coraje, sino llega á los límites de la hidrofobia.

Es muy nuestro, tomar el trabajo como un pasatiempo y mezclarle cuantas agradables distracciones se nos ocurren.

No hay zapatero que entre martillazo y martillazo, al estar echando las medias zuelas, no esté chiflando algo, desde el aria de *Tosca* hasta el *Tulipán*.

Nuestros poetas,—sobre todo los que cultivan el ramo amoroso,—juntamente con las cuartillas de papel se arriman una *media* de tequila.

Y apenas habrá un joven decente del ramo de escritorio, que no esté á todas horas con el cigarrito entre los dedos, echando humo, fuma y fuma: envuelta la cabeza en una nube, con los papeles llenos de cenizas y el escritorio tatuado de negras cicatrices como efecto de las quemaduras.....

Me revienta ver á esos jóvenes ó viejos, que no pueden prescindir del cigarro á la hora del trabajo y que pierden tiempo y atención por estar con el maldito cigarrito entre los dedos!

No pueden. Les es imposible estar sin fumar. Y en los tranvías, en las antesalas, en las reuniones, así haya señoras aceptables y muchachas bonitas, sacan su cigarrito y.... ¡darle!

El puro,—por más que no les está á todos,—comunica al sujeto cierto aire de inteligencia, de importancia, de seriedad. Pero el ridículo cigarro empequeñece y ataruga.

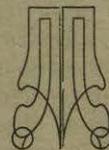
\*

Y no quiero ni pensar en las mujeres que fuman.

Si son muchachas, pueden estar seguras de que no se casan: el cigarro es de mal agüero.

Y si son mujeres bonitas, es una lástima; cometen un crimen.

Porque una linda boca que besa y huele á *cigarro*, es como una blanca gardenia que tuviera el suave y delicado perfume de aquello que dijo Cambronne! **KK!**



## NUESTRO PUEBLO Y LOS MU- CHACHOS GUERRISTOS.

Hay chamacos llorones y guerristas que hacen ganar el cielo á sus mamases y perder la paciencia al más sufrido hijo de Adán que respire á su lado.

Están llora y llora por un caramelo... «Mamá... yo telo calamelo...» «Mamá... pómpame ese talamelo» La mamá los oye, impasible. El chamaco, á fuerza de llorar, tiene toda la cara chamagosa y sucia y de cuando en cuando saca la lengua y se enjuga algo cristalino que de las chatas, le llega á la boca.

La mamá, por fin, enfadada de tanto oírlo llorar y gritar, saca el centavo: lo lleva ante el dulcero de la esquina y le compra el caramelo!

Cualquiera cree que con eso el chamaco se calla y sonríe satisfecho de haber logrado su antojo. ¿Verdad? Pues no. El mocose te tira el caramelo, encorajinado, y sigue llorando y ne-ciando. Ya no pide caramelo. Pide nieve, ó un rorro, ó cual- quiera otra cosa; lo que él quiere es llorar y molestar!

Si la mamá es joven é inexperta, le sigue cumpliendo anto- jo por antojo. Mas si ya conoce la calidad de la *panocha*, ó sea lo caprichudo de los nenes, lo que hace es voltearlo; darle tres ó cuatro nalgadas bien dadas; encerrarlo en un cuarto á que se desgañite y... ¡santo remedio!

Pues bien. Esta es la situación, á mi entender, de nuestro pueblo. Está á la altura de un chamaco llorón, al menos á juz- gar por lo que acabamos de presenciar en estas elecciones.

¿No queríamos *Sufragio efectivo*? ¿No gritábamos á dos pulmones que el despótico gobierno no nos dejaba elegir á nues- tros prohombres, y que las imposiciones del dictador subleva- ban nuestros espíritus? ¿No se dijo que por reconquistar esta libertad, el pueblo se lanzó á la guerra, tras de D. Pancho Ma- dero, llenando el suelo de sangre y la Patria de luto?

Sí. Todo eso se dijo en todos los tonos de la oratoria y de la indignación popular.

Estábamos sedientos de libertad. Queríamos ejercer nues- tros sagrados derechos de *elegir mandatarios*...!

Y ahora, amigos míos: ahora que pasada la revolución nú- mero 1, nos llama el Gobierno para que vayamos á las casillas á elegir á los señores que han de ir á dormir siesta á nuestras costi- llas en los amplios y cómodos sillones del Congreso de la Unión, nos quedamos en casa: salimos á días de campo: nos dedicamos á visitar á algunas pollas apetecibles: en fin: todo, menos ir á las casillas á votar!

Nos hacemos como los muchachos llorones: cuando nos han dado el caramelo, lo tiramos al suelo y seguimos dando guerra por cualquier otro motivo...!

Dá lástima ver lo que pasa.

Un servidor fué nombrado escrutador en una casilla electo- ral.

Estaban empadronados al rededor de 80 ciudadanos.

Se recojieron ¡11 votos!

Y como 3 formábamos la mesa, solo concurren ¡8 vota- tes!

De esos 8, siete eran del Partido Católico: y de los siete, solo DOS tenían conciencia de lo que hacían! Los demás, ó no sabían escribir, ó no tenían ni idea de lo que iban á hacer, ni mucho menos de quienes eran las personas por quienes vota- ban!

¿Y para ésto, santo cielo se hizo la revolución y murieron ... 18,000 mexicanos, humedeciendo con su sangre los arena- nales del Norte...?

¿Y para esto echamos á D. Porfirio á patadas del Territo- rio Nacional?

\*

Pero hay algo más grave todavía.

El Partido malamente llamado Católico, es el que manda las casillas mayor número de votantes.

La amenaza del infierno y la promesa del Paraíso son muy poderosas: y más lo son aún para esas bestias, que solo tienen de humano el uso de la palabra, pues no poseen ni los buenos instintos de los perros ni la viveza intelectual de las zorras.

El dicho *Partido*, manda pues, pelotones de estos imbéciles que no saben decir más que esto:

—¿Por quién vota Ud?

—«Por el Partido Católico»

Y algunos á quienes yo decía:

—Diga Ud. por cuales personas vota Ud.

Se quedaban perplejos, con ese azoramiento de los que no saben ni remotamente lo que andan haciendo.

Nuestra cultísima patria tiene un noventa por ciento de es-

tas gentes montaraces, ¿será posible que la minoría culta é inteligente quede aplastada por esa muchedumbre de analfabetas.....?

\*

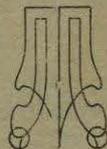
Por mi parte debo decir que antes y después de la Bienhechora, me ha parecido que el *Sufragio Efectivo* vale bonete, mientras no tengamos un pueblo ilustrado y consciente.

Mas si el pueblo luchó por el *Sufragio Efectivo* y ahora lo desprecia y sigue dando guerra y pidiendo otras gollerías, que también despreciará cuando las obtenga.....¿qué debe hacerse?

Ya lo dije:

Si la mamá es novicia, le cumplirá al chamaco todos sus antojos; pero si tiene experiencia y conoce la aguja de marear, lo voltea y le echa muchas nalgadas.....!

Esto es lo que necesitamos!



## LOS PAPAS AMOROSOS Y LOS HIJOS CHIQUEADOS.

La malcriadez del hijo casi siempre está en razón directa del amor de los papás, é inversa del número de nalgadas que recibe la criatura.

Esto no será verso, pero es una verdad más grande que el volcán de Colima.

Yo no digo que el papá ó la mamá deban comerse crudos á sus hijos, ni dejarlos desmayados á chicotazos.

Pero muchas veces te habrás encontrado, pobre lector, bien sea en una visita, en un templo, en un jardín, con esos ejemplares de muchachos chiqueados, que son encanto de sus papás y pluma de vomitar del vecindario.

Más se refina esto cuando el chico es hijo único y la mamá está enferma de una de esas enfermedades secretas que son las que menos en secreto guardan las mujeres.

En este caso la chiqueadez toma una forma espantosa y pronto la criatura, cuando es tiernita, se convierte en un pequeño Zapata del hogar, que todo lo destruye; y cuando llega á joven, es un tiranuelo déspota que no se ablanda ni con las amenazas del papá ni con las súplicas llorosas de la madre!

¡Oh papás amorosos, que criais á vuestros hijos entre chiqueos y mimos, sin ponerles bosalillo á sus antojos, ni falseta á sus caprichos, ni freno á sus necesidades!

\*

Cuando es niño, el papá y la mamá en él se miran.

Si hace chí en el tapete de la sala, aparentan regañarlo, pero al fin no aguantan y revientan de risa....!

Aquello tiene muchísima gracia! ¡Es un diablillo! Se ve luego que va á ser un hombre de talento! ¡Hizo chí en el tapete de la sala....!

Al siguiente día lo sabe el barrio todo. El chico se siente orgulloso de su hazaña y la primera vez que lo llevan á visita, muy limpio, muy elegantito, espera el momento oportuno y en plena sala hace una gracia mayor!

Los papás enrojecen de vergüenza. Lo regañan. Pero él sigue creyendo que el regaño es fingido y no hace caso.

Crece un poco.

Tiene el primer capricho.

—Papá, préstame tu reloj....

—Pero para qué quieres el reloj, hijito?

—Pala metelo á la pila!

—No, imposible. Se descomponen. Si los relojes no se mojan!

El niño se suelta llorando. Quiere el reloj para meterlo á la pila. El papá agota la lógica toda, para convencerlo de que la hidroterapia es dañosísima á los relojes.

Pero el niño insiste en meterlo á la pila. Y cada vez llora más recio.

El amoroso papá acaba por regañarlo, diciéndole que á los niños caprichosos no los quiere Dios.

Pero el niño insiste en meter el reloj á la pila.

Al fin la mamá, que remienda los calcetines en un rincón, hace erupción....!

—Préstaselo....tú. Aunque lo descomponga. Qué tacañería es esa que prefieres oírlo llorar....! Pobrecito! Hasta daño puede hacerle!

El papá, corajudo, se desprende el reloj, y el niño, ya risueño, va derecho y lo mete á la pila!

Desde ese momento, es preciso cumplirle todos sus caprichos, so pena de que haya una conflagración general en la casa!

Y el niño se convierte en una amenaza, capaz de jalarle impunemente los bigotes á la visita de más cumplimento!

Llega á joven.

En su casa no hay más voluntad que la suya. La mamá, acongojada unas veces y llorando otras, tiene que someterse á todos sus caprichos!

El sultancito ya tiene novia. Le apunta el mostacho y gusta de lucir en los salones y de gastar con los amigos.

—Me han invitado á un baile de carnaval, mamá, y he ofrecido llevarte....!

—Hijo, por Dios. Sí las viejas no somos para eso. Anda tú, está bien. Pero yo, ¿qué voy á hacer....?

—He ofrecido llevarte y no puedo quedar en ridículo. Haz tu vestido de fantasía. Ve disfrasada de lo que quieras; pero no me digas que no irás....!

La mamá suplica, razona y es lo mismo.

Y la pobre, vieja, achacosa, triste, se acuerda de aquel día en que se empeñó en meter el reloj de su papá á la pila y ella misma lo apoyó en su capricho....!

Pasan años. El joven es ya un hombre. Se ha casado.

Su mujer, joven, bonita, bondadosa y afable, lo quiere con ternura!

El sigue siendo el sultancillo de siempre: orgulloso, lleno de caprichos, estallando en cólera á la menor contrariedad.

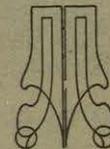
Y cuando cogidos del brazo, los ven pasar las viejas del barrio, dicen en voz baja:

—Pobrecita! Es una mártir! Hasta para respirar tiene que pedirle permiso! Y luego tiene cada capricho! Imagínese nomás que la otra tarde la hizo salir á caballo, vestida de china poblana! La pobre iba casi llorando!

\*

¡Oh padres amorosos que educáis á vuestros hijos con mieles y halagos haciendo de ellos seres caprichudos y déspotas!

A cuántos alcanza la obra de vuestro cariño tonto é imprudente, y cuan á menudo se convierte en látigo que vuelve sus pajuelas contra vuestra propia cara....!



## LA VEJEZ.

*Fealdad y hermosura.*

Cuando lleno de risibles ilusiones llegué á esta ciudad, hace la friolera de quince primaveras, —¡oh incansable correr de los años...!—era *ella* una jovencita encantadora, gentil, alegre, risueña: parecía una princesita de porcelana. No había paseo donde no se le viera. No había fiesta á la que no se le invitara. Cambiaba un novio cada semana y más de cuatro pollos rondaban su casa, constantemente, espiando sus cerrados balcones y soñando en la noche feliz en que pudieran llamarla: «*novia mía*».....

Era ella el tipo clavado de la *tapatía*: graciosa, vivaracha, fresca, bonita: coqueta sin querer serlo: risueña sin sentirlo: cautivadora sin poderlo evitar!

Confieso mi pecado. Yo mismo, pobre y empolvado estudiante, muchacho de pueblo, oscuro é ignorado, llegué á sentir acá, dos dedos abajo de la camiseta, algo extraño que me quitaba el sueño y me hacía revolcarme en mi cama sin poder dormir: algo que tú, buen lector, has de conocer si alguna vez has estado enfermo del dulcísimo *mal de amores!*

Pasaron los años.

«*Palpé la realidad y amé la vida,*» como dijera el poeta. Comencé por burlarme de mí mismo, de mis tontas ilusiones y candorosos ensueños. Y la princesita de porcelana, gentil y risueña, desapareció de mi vista.

Pero hace poco, tal vez ayer, caminaba un servidor tranquilamente en un tranvía. Se detiene el carro en una esquina y sube una gran tortuga con faldas y sombrero.

Sudaba á mares y se limpiaba el sudor de la frente con el dorso de la mano:

—Andele, Micáela, aprisa. Suba á Luisito; tú, güera siéntate allá: no sueltes á Josesito porque se cae: Martina, abraza á Lola, porque ella sola no puede: cuidado con el niño, que no vaya á despertar: Susana, por Dios, siéntate que ya va á andar...!

Parecía una gallina con pollos. Una legión de familia y ella inflada, grasosa, sudando, hedionda, como si fuera una fondera!

No necesito decirte, lector, que este paquidermo humano era la princesita de hace quince años. Tú lo has adivinado ya. Ni tampoco es presiso decirte que me quedé con tamaño boca abierta, al mirarla y recordar los tiempos pasados y lejanos.

Y, naturalmente, me puse pesado: me sentí filósofo.

Y pensé en la vejez de las hermosas y de las feas.

En ella está la sabia compensación del creador de los mundos. Cuanto más radiante es la juventud, más triste y dolorosa es la vejez.

¡Pobres mujeres bellas, convertidas, por obra del tiempo, en ruinas y adfecios! ¡Cómo sufrirán íntimamente al pensar en su juventud llena de triunfos, deseadas por todos, amadas por muchos, y contemplarse luego, despreciadas, olvidadas, sin merecer una sola mirada de un hombre y recibiendo de cuando en cuando, duchazos de burlas!

¿Y las feas? Ellas no. Su vejez es tranquila y risueña. Su vida es á manera de esos días nublados y tristes en que asoma un rayo de sol crepuscular ya casi al morir la tarde!

¿Triunfos, amores...? Muy pocos. Apenas habrá uno, el novio de su vida, cuyo recuerdo guardan muy escondido, en lo más hondo de su corazón!

La vejez de las feas, es como la muerte del justo: apacible, tranquila. La vejez de las bellas es un sufrimiento doloroso que acaba cuando acaba la vida!

Mientras esto pensaba, el enjambre de hijos de la ex-princesita de porcelana y hoy tortuga con faldas, no estaba quieto un instante: se paraban en los asientos, se asomaban por las ventanillas: corrían á lo largo del tranvía... Y la gorda señora, sudando á mares, no cesaba de regañarlos, á gritos!

Viéndola, establecía comparaciones entre ella y la linda muchachita de hace 15 años. Era la misma: tenía el parecido de una fotografía y su caricatura!

¡El matrimonio! El había convertido en deformidad aquella lozana hermosura!

Mas á su lado, mirándola con ojos de curiosidad ó de envidia, caminaban dos *señoritas*. De esas que conservan el *ita* á pesar de las canas de la cabeza.

Huesudas, flacas, amarillas; vestían de negro, y al cuello llevaban una medallita de plata pendiente de un listoncillo azul!

En ellas, la belleza de su primavera se había momificado.

Niñas quedadas, sin amores, sin afectos, biliosas y feas. Respirando odio para toda la humanidad!

Y al contemplar aquellos dos casos de vejez. La una hecha un tonel y cargada de hijos: la otra, vuelta un espárrago y sin un solo afecto en la vida, dejé de sentir lástima para la ex-princesita de porcelana, que hace 15 años me espantara el sueño y hoy me proporciona material para escribir este artículo.

## AL BORDE DE LA TUMBA.

Recuerdos de los temblores

Perdóname, lector exigente, que por ahora no te hable en tono alegre y guasón. No tengo humor. La sonrisa se hiela en mis labios. La sátira resulta lúgubre; el gesto de alegría se vuelve una mueca dolorosa y triste....

Por ahora dispénsame....

¿Qué quieres que se me ocurra, sabiendo que dentro de unos cuantos días pasaré á mejor vida, así vestido, y mediante un grosero aplastón de algún techo....?

Esta es la espina que todos traemos clavada en el corazón, es la idea fija que nos enfría, que nos hace temblar y nos afloja las corvas!

\*

Y en estos días aciagos, no he podido menos que observar melancólicamente la influencia del miedo en la dulcificación del carácter.

Ahorita no se encuentra un corajudo ni para remedio. Las enemistades se han acabado. De los rencores no queda ni rastro.

Todos somos mansos, cariñosos, comunicativos, afables.

En las Comisarias, dando las ocho de la noche, se arrodilla todo el personal, inclusive la imaginaria, y rezan el rosario. No hay un solo detenido, porque á todos les perdonan los comisarios, con lágrimas en los ojos, y los echan á la calle!

Los gendarmes se han dulcificado hasta llegar al punto de caramelo.

Conozco á uno bizco y bigotón que acostumbra conducir á los ébrios á la Comisaria correctamente á garrotazos!

Ayer llevaba á uno del brazo. En el camino le daba consejos, hablándole de la otra vida, citándole algunas palabras de Kempis y diciéndole que todos debemos vernos en este mundo como hermanos!

El borracho se le atrancaba y él le decía dulcemente:

—Anda. Vamos á la Comisaría, no seas tonto. ¡Tú no eras así de chiquito....!

Es el viento frío de la tumba... re nuestras frentes!

Los matrimonios que en tiempos normales se insultan recíprocamente á las familias y se tiran á la cabeza con las ollas de la cocina, andan ahora como recién casados, hechos nudo, paseando como dos palomos, por entre los prados de los jardines!

Tengo un amigo casado que por rareza duerme en su casa.

Ayer me lo encontré á eso de las 8 p m., saboreando la dulce tranquilidad del hogar, con chanclas, sin cuello y en camiseta. Sentado en una mecedora leía la vida y milagros de San Francisco de Asís.

La mujer, que el día que le hablaba con cariño no lo bajaba de *cerdo*, le dijo amablemente:

—¿No sales hoy, Chendo?

—No, mi hijita—en tiempos normales le dice *Doña Bruta*—¿Cómo quieres que te deje sola si ves que para las 10 está anunciado otro...? Además que me siento muy feliz en mi casa!

—Eres muy bueno y te quiero mucho.

—Pero no más que yo, mi Paquita....

Y sin respeto á mi presencia se dan un beso, allí, en el mismo sitio, en que él tantas veces le ha dado de bastonazos en el lomo!

Me cuentan que ayer, á la hora de la calificación, el Sr. Jefe Político comenzó á hacer puchereros y les dijo á toda la colección de crudos y rateros que estaban en su presencia:

—Váyanse... pobrecitos de ustedes... váyanse... les perdono!

Y se soltó llorando, haciendo otro tanto todos los oficiales de las Comisarias por temor de que se les diera de baja!

Sí: es el vago y sutil presentimiento de que una catástrofe nos amenaza: es la corazonada indefinible de que nos va á llevar el diablo!

Tuve necesidad de ver á un prestamista muy judío para que me prorrogara una deuda. Ya en otra ocasión había ido con el mismo objeto y me había contestado amablemente:

—No le prorrogo ni á mi madre!

Pero ahora, en cuanto lanzó su profecía el Padre Arreola, cambió de carácter:

—Sí, mi querido amigo,—me dijo sonriendo. El tiempo que Ud. quiera y en las condiciones que Ud. guste!

Es una ola de simpatía, de cariño, de todos para todos.

Un ambiente de bondad, de perdón, de ternura.

Y nadie se enoja: nadie pelea: nadie se insulta!

El juicio de Dios está á un paso y no queremos endrogar-nos más con su Divina Magestad.

Es un estado beatífico.

Pero si no nos lleva Gestas el día 6... Yo se los acordaré!